

## Otro retorno de la imaginación

MARIO  
PARAJÓN

Otro nombre que se suma al de los narradores hispanoamericanos ya conocidos en España: el de Luis Sepúlveda. Es chileno, no ha cumplido los cuarenta y se encuentra de pronto con una circunstancia inmediata —la de su país— que no puede ser mejor y que a la vez para un escritor es riesgosa.

Porque el escritor es hombre de grandes rebeldías y de sueños magníficos a largo plazo. En el Chile de 1965 se podía sentir un descontento inmenso y se podía proyectar un socialismo que trajera el bienestar de todos a la sombra de Fidel Castro.

Pero el Chile actual sale felizmente de una dictadura y vuelve a la democracia. El nivel de vida sube, los derechos se ejercen, las libertades funcionan y la sombra de Pinochet se aleja. Luis Sepúlveda tiene que ir en busca de su descontento armado de una buena lupa. Y claro está que encuentra razones para protestar, pero también las halla para descubrir la alegría y el entusiasmo por la realidad. *Nombre de Torero* (Tusquets, Barcelona, 1994), es un relato ágil, divertido, nada superficial, rico en sorpresas y

## LITERATURA

donde parece que se le pasa factura a una época en la que por lo visto se soñó lo que no había derecho a soñar. Quizá Luis Sepúlveda forme parte de una generación que le pide cuentas a los idealistas de la anterior por las buenas cosas cuyas realizaciones han impedido en el nombre de las óptimas que han acariciado en sueños sin tener en consideración que eran imposibles.

El *Cuaderno Gris* de Josep Pía (Destino, 1994) ha sido también uno de los acontecimientos editoriales

**«Luis Sepúlveda tiene que ir en busca de su descontento armado de una buena lupa. Claro está que encuentra razones para protestar, pero también las halla para descubrir la alegría y el entusiasmo por la realidad.»**


de fin de año. Este libro data de los años 18 y 19 en que fue escrito, vísperas del año veinte decisivo en la vida del autor pues durante su curso se estableció en París. Sin duda que se trata del prosista catalán por excelencia. Lector voraz, comensal refinado, caminante infatigable, solterón decidido y tertuliano de los mejor cotizados allí donde la conversación se extendía hasta bien entrada la madrugada, Pía es un retratista fenomenal, un gran escéptico que no se pierde un detalle de nada de lo que vive; y un crítico que emite juicios literarios que al mismo tiempo son juicios morales. "Tengo la cabeza gorda, el corazón pequeño, la boca vulgar y el corazón variable". No le gustan las novelas: "Son la literatura infantil de las personas mayores". Y está convencido de que los seres humanos no son en su mayoría animales racionales: son animales guiados por la sensualidad.

Y don Francisco Nieva publicó su *Granada de las mil noches* (Seix Barral, 1994). No se ha escrito lo suficiente sobre esta novela y me sospeché que entre poetas, narradores jóvenes y estudiantes entregados a la pasión literaria, tampoco ha prendido como le corresponde. Nieva se ha ganado sus mejores títulos como dramaturgo y escenógrafo y no ha sido hasta bien pasada la sexta década de su vida que ha hecho su aparición con *El viaje a Pantaélica* y de inmediato con esta *Granada de las mil noches*.

En su lectura hay ocasión de admirar el arte de Nieva para ir y venir furiosamente de lo real a lo irreal y del retrato a la caricatura, pero sin olvidar la estampa. *Granada de las mil noches* es una novela romántica, melancólica, y por tanto llena de dulzura y lágrima que por elegancia se contiene. Se ve que el espíritu de *Doña Rosita* es el que persiste con más fuerza en la ciudad donde la rosa —de manera tan prematura— se comienza a deshojar.


Los *Diarios* de José Lezama Lima (*Ediciones Era, México, 1994*) aparecieron en México y la edición llegó a España en diciembre pasado. Quizá ya no falte ningún inédito del poeta cubano que fue admirado por un grupo reducido de sus compatriotas e ignorado por muchos de sus contemporáneos. Hasta se dice que Pablo Neruda se burló de él cuando a principios de los años cuarenta publicó *Enemigo Rumor*. El hecho es que Julio Cortázar visitó La Habana de los años sesenta, conoció a Lezama, leyó su novela *Paradiso* y se convirtió en el más entusiasta de sus exégetas. El éxito del extraño y complejo relato no se hizo esperar y no ha pasado aún. Lezama se ha convertido en una gloria de la literatura universal y a la sombra de su gran humanidad han hecho sus delicias los estudiantes con sus tesis, los críticos, los entusiastas de un cierto esoterismo literario y los amantes de la metáfora y el consiguiente lujo verbal. Hay quien lo ve como un pensador y quienes

**«Lector voraz, comensal refinado, caminante infatigable, solterón decidido y tertuliano de los mejor cotizados allí donde la conversación se extendía hasta bien entrada la madrugada, Pía es un retratista fenomenal.»**



le adivinan mil intenciones a cualquiera de sus párrafos. Lo cierto es que su mundo poético sugiere un vacío donde quizá por primera vez en la historia de la expresión literaria, la nada sea la nada y a la vez tenga identidad. Estos diarios no añaden mucho a lo ya publicado de

**«Hay ocasión de admirar el arte de Nieva para ir y venir furiosamente de lo real a lo irreal y del retrato a la caricatura, pero sin olvidar la estampa.»**



su obra. Más que diarios son notas conservadas en cuadernos que serán útiles a los investigadores. Y quizá a nadie más.

El libro de Eliseo Alberto *La eternidad por fin comienza un lunes* (*Anagrama, 1994*) será útil a los que buscan en la lectura la ocasión de un esparcimiento, pero no uno cualquiera, sino lo que se podría llamar un esparcimiento trascendente. ¿Y si fuera importante comparar esta novela, aparecida en México en primera edición, con el *Nombre de Torero* de Luis Sepúlveda? Eliseo Alberto y Sepúlveda forman parte de la misma generación. Y los dos no se ocultan para mostrarse escépticos. Pero son escepticismos distintos. El de Sepúlveda es más tamizado, más nostálgico, más candorosamente resuelto en la fruición de la aventura. El de Eliseo Alberto empieza por ser el escepticismo de un discípulo. Eliseo Alberto lo es de García Márquez, declarar lo cual no significa ni remotamente que carezca de voz propia, sino *que cree* en la filialidad literaria como punto de partida del escritor que acabará por encontrarse consigo mismo. El escepticismo del discípulo será en consecuencia más desolado, pero también más recubierto por una pátima que lo defiende de los estragos de esa desolación.

Eliseo Alberto sabe contar espléndidamente y no le importa emocionarse ante el público, ni reírse a carcajadas. Por eso lo subyuga.